

por eso en él quedan esculpídos como en diamante sus oscuros mitos; en él se funden para formar un solo bloque, toda la urdimbre de sus anales; a través de sus giros brillantes se adivina la suavidad del clima o la aspereza de las estaciones; se tiñen sus frases con el color de las flores nativas, y en sus vocablos resuenan sus cantos de guerra, al par que los gritos de sus animales domésticos y el concierto o el gemido agorero de sus aves. Las lenguas son las únicas murallas de los pueblos, y es esta la razón principal porque el Colegio del Rosario, que es el *alma mater* de Colombia, el santuario más venerando de la patria, cultiva con tezón la lengua castellana.

LUIS MARÍA MORA

---

## La primera comunión de mis hijos

### Para los creyentes y para los incrédulos

---

Misiá Catalina, una viejita que yo conocí en mi infancia, al ponderar las travesuras de algún chico, usaba esta frase realista: «¡Es la pierna de Judas!»

Y misiá Anselma, otra viejita de su laya, decía con más finura y a manera de corrección: «¡Es la piel del diablo!».

MI imaginación infantil, herida por el vigor de ambas expresiones, veía en todo camarada travieso o bien una pierna endemoniada que azotaba las calles y los caminos, y para la cual no existían ni muros ni vallas, o bien una piel desinflada, que volaba echando humo por los aires, unas veces a merced del viento, otras en contra, y que tan pronto se metía de rondón en una

casa, cayendo por las azoteas, tan pronto se trepaba hasta la torre de la iglesia y se quedaba enredada en la veleta herrumbrosa y chillona.

¡Cuántas cosas pensaba yo al oír a misiá Catalina y a misiá Anselma! Pero no recuerdo si alguna vez me contuvo al borde de alguna travesura el miedo a ser llamado piel del diablo o pierna de Judas.... ¡*Forse che si, forse che no!*

Lo que sé es que, andando los años, las dos pavorosas imágenes han perdido todo su horror, desde que Dios me ha concedido dos chiquillos que merecen plenamente el calificativo que aplicaban las dos viejitas a los niños traviosos.

Jorge es la piel del diablo. Es un morochito flacucho, de ojos negrísimos y llenos de chispa. Pronto cumplirá siete años, y es alto para su edad y sabe leer, de lo cual está bastante orgulloso.

Digo que es la piel del diablo porque es despejado, curioso y entremetido, y no hay diablura que no invente, salvo que las haya inventado antes que él su hermanito Hugo y le hayan dado mal resultado, en cuyo caso Jorge se abstiene, porque es cauteloso como un gatito. Por ejemplo, a Hugo un día se le ocurrió subirse a la azotea y meterse en una claraboya de *vitraux* que cubría el *hall* de la casa. Pensado y hecho, pero no acabó de pisar aquella fragilísima techumbre cuando se vino abajo entre un estrépito de cristales rotos y lamentos y lloros de los que estaban en la azotea y lo vieron desaparecer, y los que estaban en el *hall* y lo vieron llegar por tan extraño camino y lo recogieron mudo de espanto y bañado en sangre.

Vivimos rodeados por milagros impalpables. Tengo la certeza de que la mano de Dios detiene cien veces al día las leyes naturales, sin que nosotros lo advirta-

mos, para salvarnos de males en que habríamos necesariamente perecido.

Y tengo la sospecha de que, en tratándose de niños, los milagros de Dios se hacen a menudo con la colaboración del diablo, para quien no resulta ningún negocio la muerte de un chico, pues aumentaría el número de ángeles. Prefiere, claro está, conservarlo para ganárselo, si puede, cuando sea grande.

Hugo—la pierna de Judas—es un rubiecito gordiflón, que alguna vez fue retratado sentadito sobre mi escritorio y mirándome escribir.

Un periodista ingenioso publicó ese retrato con una leyenda al pie: «Este autor no teme que sus hijos lean lo que escribe...»

Hugo tiene cinco años, no sabe leer, pero en la calle, donde Jorge pretende deslumbrarlo con su sabiduría leyendo trabajosamente todos los letreros que descubren sus ojos, Hugo disimula su ignorancia con rasgos audaces.

Conoce unas cuantas marcas de automóviles y no bien Jorge se pone a deletrear laboriosamente el nombre de «Studebaker», él le sale al cruce y le grita: ¡«Citroen»! —señalándole uno que pasa,—y luego ¡«Renaut»! (El pronuncia: «Yenó»). No hay peligro de que se equivoque.

Se aproximan al escaparate de una librería, divisan libros que Hugo conoce por las tapas con absoluta seguridad, y en tanto que Jorge dice sudando: *Ciudad turbulenta, ciudad alegre* Hugo le ha arrojado como un desafío dos o tres títulos; *La que no perdonó!*, *Las espigas de Ruth!* (pronuncia Yut).

Llegan a una confitería; Jorge lee: «Bombones Su-chard», y Hugo en el acto descubre algo que él sabe cómo se extrae de unos aparatos que hay en las estancias y que funcionan introduciéndoles una moneda.

¡«Chocolate Nestlé»! grita regocijado, como si anunciara a un amigo de su corazón.

¡Ese es Jorge y ese es Hugo! Bendito sea Dios que los ha hecho tales como son, y que el día de la Santísima Virgen se ha dignado visitar sus pechitos inocentes.

Porque el 15 de agosto Jorge y Hugo han hecho su primera comunión.

He relatado hace algunos años el para mí inolvidable episodio de la primera comunión de mi hijo mayor, que preparó cuidadosamente su catecismo como un estudiante de teología prepara su examen.

En esta ocasión las cosas han sucedido en otra forma, considerando la edad de los actores. Las almas de Jorge y Hugo son dos libritos en blanco, en los que todavía ni el mundo, ni el demonio, ni la carne han escrito una sola palabra.

Su ciencia religiosa es muy escasa, pero contiene lo fundamental. Saben que hay un solo Dios y que en ese solo Dios hay tres personas: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, que son la Santísima Trinidad. Saben que el Hijo bajó al mundo y es el niño Dios, y que su madre es la Santísima Virgen, y que fue crucificado por los malos. Saben que en la hostia consagrada está realmente el cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo (ellos dicen el niño Jesús). Saben también que hay ángeles de la guarda, que los cuidan y que pasan la noche a la cabecera de su cama, y que hay demonios que los tientan para que sean malos.

Me parece que más de esto no saben, pero estoy seguro de que eso les basta por ahora. No comprenden ciertamente lo que es el misterio de la Trinidad, pero en esto no están más atrasados que san Agustín, el cual se pasó años profundizándolo y lo que logró echar en un hoyo cavado con la arena aquel niño que él encontró en la playa, empeñado en agotar el océano.

La fe de Jorge y Hugo no es razonadora, pero es firme, tan firme que no hay manera de embarullar sus nociones. Si ahora nos empeñáramos en borrar de sus inteligencias lo [que saben, en hacerles creer que no hay Dios, o que la hostia consagrada no es más que pan, ciertamente no lo obtendríamos, si no transformáramos antes con malicia y con pecado sus corazones inocentes.

Tendríamos en contra de nuestro miserable empeño todo el poder de Dios, porque la fe es una gracia que Dios otorga a las gentes de buena voluntad, y que permanece inmovible en medio de todas las derrotas mientras el alma no se obseca en el ciego orgullo o no se desvanece en la necia fraseología de los filósofos.

No son los misterios los que impiden creer a los ateos: es la soberbia, la más terrible pestilencia de la vida interior, la soberbia que se disimula perfectamente bajo la apariencia de modestia y blandura, como el orgullo del filósofo griego se disfrazaba de humildad, bajo ropas de mendigo: «¡Oh, Ansístenes—díjole Sócrates,—yo descubro tu orgullo a través de los agujeros de tu capa!»

Alguien, queriendo elogiar a Pasteur, una de las glorias más limpias y eminentes de la humanidad, dijo que tenía la fe de un bretón.—Decid más bien de una bretona,—corrigió el gran sabio.

Así mis hijos han llegado al comulgatorio animados por la fe de una bretona. ¿Acaso necesitaban más de lo que era suficiente para Pasteur?

Kempis lo ha dicho con su profunda sencillez. «Qué te aprovecha disputar altas cosas de la Trinidad si careces de humildad, por donde desagradas a la misma Trinidad?»

Y poco más adelante en el mismo capítulo: «Más deseo sentir la contrición que saber su definición». Y

algunas páginas después: «Nuestra curiosidad nos impide muchas veces en el leer las Escrituras: porque queremos escudriñar lo que llanamente se debía pasar.»

Me gusta citar a Kempis porque es el hombre, después de Salomón, que mejor ha conocido el corazón humano en todos sus sutilísimos recovecos.

Jorge y Hugo han sido preparados para el magno sacramento por el padre Arnau, del colegio del Salvador, en aquel cuartito que él tiene al pie de la gran escalera y donde todas las tardes de seis a siete recibe a su clientela, como un médico de almas..... que no cobra la visita.

Dos días antes del 15 de agosto Jorge y Hugo llevados por mí, han ido a confesarse.... Me tiembla la mano al escribir esta línea y se me nublan de lágrimas los ojos. No se crea que la confesión de estos dos angelitos ha sido una simple mojiganga. No. Ha sido lo que debía ser, una ceremonia simple, tocante y adecuada a estas tiernas inteligencias.

Penetramos en el cuartito, donde luégo, por turno, quedará solo el penitente con el confesor. El padre Arnau se sienta en su sillón al lado del reclinatorio, delante del cual hay clavado en la pared un crucifijo y una cajita de cristal.

Jorge, que tiene esa vana curiosidad que alarma a Kempis, advierte la cajita y pregunta instantáneamente:

—¿Qué es esto padre?

—Un relicario.

—¿Y qué es un relicario?

—Es una cajita en que se guardan reliquias.

Jorge instantáneamente entornando sus lindos ojos negros.—¿Reliquias son huesitos de santos?

—¡Eso es, ni más ni menos!

—¿Y pedacitos de vestidos de monjas?

—Cómo?—interroga sorprendido el padre.

—¿Pedacitos del vestido de la Teresita?

El padre Arnau me mira perplejo, y Jorge, poniéndose colorado, entra en explicaciones.

—No digo la Teresita que es la hermanita de nosotros: digo la otra Teresita la que está junto a la cama de mi mamá y tiene en el cuadro un pedacito de trapo blanco que era de su vestido..... ¿Eso es una reliquia?

—¡Eso mismo!—exclama el padre Arnau.

Mientras Jorge filosofa «y considera el curso de los astros», como dice Kempis, Hugo le gana el turno y se acomoda en el reclinatorio como en una trinchera. ¡El será el primero en confesarse!

Antes de dejarlo solo, el padre Arnau, para mostrarme la seguridad de su pequeña teología, le pregunta:

—Ahora que te vas a confesar, ¿vas a decirme todos tus pecados?

—¡Sí!

—Pero ¿te puedes guardar alguno?

—¡No!

—¿Y yo puedo después decirle a tu papá lo que tú me digas?

La rubia cabecita de cinco años se sacude enérgicamente y la boquita bermeja, que al sonreír muestra unos dientecitos resplandecientes, capaces de hacer morir de envidia a una estrella..... de cinematógrafo, se cierra con firmeza en pronunciando otro rotundo: ¡Nó!

—¡No, no!—dice el padre conmovido.

—Ni tú callarás ningún pecado ni yo podría decir nada a nadie ni aun cuando el Papa mandara, ni aunque me costara la vida.

Se pone la estola, señal de que va a ejercer su ministerio: «todo lo que atares en la tierra será atado en el cielo, y lo que desatares será desatado,» y yo salgo con la manita trémula de Jorge en la mía, no más firme.

Mientras dura la confesión de Hugo un hermano nos

hace ver la sala de armas del colegio del Salvador. Hay allí una veintena de máuser con que los alumnos aprenden a tirar al blanco, y una buena colección de fusiles del tiempo del rey que rabió.

Al rato sentimos en la galería un galopito corto: es Hugo que viene radiante:

—¡Jorge! ¡A vos te toca!

Lo llevo al cuartito y el padre Arnau me dice:

—¡Cómo sonreirán los ángeles en el cielo!

Un rato después ha terminado también la confesión Jorge y llega mi turno de arrodillarme en el mismo reclinatorio y sentir, casi materialmente, descender sobre mi cabeza lo que se llama la gracia sacramental!

Nuestro médico espiritual, terminada la consulta, nos da unas lindas medallas de la Teresita, y yo me vuelvo a casa, muy orondo, con mis dos penitentes.

Su madre los besa y les dice:

—¡Están muy lindos! Pero ahora voy a tenerlos enjaulados hasta pasado mañana, para que no pequen.

Ellos prometen no pecar («mas quiero sentir la contrición que saber definirla»), y vuelan a sus juguetes.

Pero el padre Arnau nos ha dado también algunas hostias o formas para enseñarles a tomar la comunión, a fin de evitar algún percance o que la mastiquen, y Jorge, que no piensa en otra cosa, viene a preguntarme:

—¿Cuándo vas a darnos las hostias sinsagradas?

—¿Hostias cómo?—pregunto, sorprendido de la palabreja que ha descubierto.

—Hostias sinsagradas—repite—, porque las que nos van a dar en la comunión son consagradas....

—¡Acabáramos! ¡No está mal tu vocabulario, hijo! Puede que andando los tiempos la Real Academia Española incorpore a su diccionario la palabra que has inventado. Así se forman las lenguas....

En el fondo de la cuestión hay algo del mayor interés. Para desvanecer los escrúpulos que pudiera alguien tener respecto a la corta edad de los dos primeros comulgantes, el padre Arnau me dice que el nuevo derecho canónico prescribe como única condición indispensable para dar la comunión a los niños el que éstos sepan distinguir entre el pan común y el pan consagrado.

Y ya se ve que Jorge no sólo distingue, sino que hasta inventa la palabra adecuada para expresar su concepto.

Con las hostias sinsagradas les enseñamos esa noche a tomar la comunión.

Como en otras ocasiones, también ha querido su madre que en el gran día toda su ropita sea enteramente nueva, desde los zapatos de charol, de forma ancha, como los quiere Hugo («para que no parezcan zapatos de mujer»), hasta la boína, que tiene una cinta con el nombre de un barco de guerra inglés: la de Jorge reza: «A. M. S. Ronney», y la de Hugo: «H. M. Goodwood». Y sus trajes son de oficiales de la marina inglesa, y como distintivo propio del día, en el brazo izquierdo llevan un moño blanco, aquel moño que años antes cien veces me olvidé de comprar para la primera comunión del que lleva mi nombre, y él tuvo que recordármelo ciento y una vez, hasta que por fin me acordé.

Ya he dicho que Jorge es morochito y Hugo rubio, que aquél es flacucho y éste gordiflón. Pero cuánto se parecen, y qué lindos están ¡Dios mío! con sus trajes nuevos y sus almas puras.

A las ocho y media, en la capilla de la Buenamuerte, en la iglesia del Salvador, que está espléndida de luces, por ser el día de la Asunción, el padre Arnau

llega al altar, revestido de blancos ornamentos, y empieza la misa.

Jorge y Hugo, de pie en sus reclinatorios, porque son demasiado pequeños para hincarse sin desaparecer, hojean sus devocionarios. Alguna cosa pesca Jorge de las oraciones que deletrea devotamente, mientras que Hugo mira las figuras y de cuando en cuando me envuelve en una de sus sonrisas esplendorosas.

Cuando suena la campanilla del sanctus, un gran silencio cubre la capilla como una ola majestuosa. Los corazones presienten el instante divino en que, bajo las palabras omnipotentes del sacerdote, el pan va a transformarse en la carne real y verdadera de Cristo.

Oigo a Jorge que lee a tropezones: «¡Santo, santo, santo, Señor Dios de los ejércitos...!» y siento los golpes de pecho de una viejita mendiga que en uno de los escaños oye la misa al lado de su hijo ciego. Cuantos van a esa iglesia deben conocerla, porque hace años y años que llega conduciendo al pobre hombre alelado, ciego y semiparalítico, y después de oír misa y comulgar, se sientan los dos en la puerta principal, a la espera de alguna limosna.

Pasa la elevación, comulga el sacerdote y a todos embarga la indescriptible emoción de que ha llegado el momento tan soñado por mis dos hijos. Nos acercamos al comulgatorio: Hugo al lado de su madre, Jorge al lado mío.

El padre Arnau abre el sagrario y saca el copón, y dejándolo sobre el ara se vuelve hacia nosotros para hacernos, mejor dicho para hacerles a los dos pequeños protagonistas del gran drama una tierna alocución.

Ningún discurso, ningún sermón me ha llegado al alma tan profundamente como esas palabras sencillas, dichas sin énfasis y con amor. /

El padre llama por su nombre a los dos niños y les dice:

—Dentro de un instante váis a tener en vuestros pechitos al Niño Jesús, que es el Rey del mundo y de los cielos. Guardadlo bien, para que nunca se vaya. Todo lo podéis pedir, porque es el dueño de todas las cosas. Pedidle especialmente ser siempre buenos. Pedidle por vuestra mamá, para que pueda educaros bien a vosotros y a vuestros hermanitos. Pedidle su favor para las empresas de vuestro papá, que son fundamentalmente cristianas. Pedidle por la patria y por los que la gobiernan, pedidle por el mundo. Y, finalmente, pedidle por este pobre sacerdote, para que mis trabajos prosperen para la mayor gloria de El y de las almas.

El padre Arnau tiene los ojos llenos de lágrimas, y creo que no haya en la capilla nadie cuyo corazón haya permanecido indiferente a la misteriosa efusión de aquellas palabras.

Bendícenos con una gran cruz, retorna al altar, toma el copón con la mano izquierda y cogiendo una hostia con el pulgar y el índice de la mano derecha se vuelve otra vez a nosotros y en alta voz repite las palabras del Centurión, el pobre soldado romano que fue a Jesús a pedirle que con una sola palabra curase a su criado que estaba paralítico, y Jesús le respondió que iría hasta su casa, y el Centurión no se creyó digno de tan inmenso honor: *¡Domine, non sum dignus!* «Señor, yo no soy digno de que entres en mi casa, pero di una sola palabra y será sano mi siervo».

Y Jesús, maravillado, dijo a sus discípulos: «Verdaderamente os digo que no he hallado fe tan grande en Israel» —y al Centurión:— «Vé, y como creíste, así te sea hecho...»

Un momento después el Niño Dios ha entrado real

y verdaderamente en la boca pura de mis hijitos, que han debido comulgar de pie, y que vuelven a su reclinatorio con las manitas juntas y los ojos bajos, poseídos de una solemne y misteriosa formalidad.

¡Oh, Señor! Tú los llamaste, cuando en los campos de Judea dijiste a los que pretendían librarte de ellos: «Dejad a los niños que vengan a mí». Ellos han ido, Señor, sin comprender ciertamente la profundidad del misterio en que se han lanzado como dos pobrecitas gondolrinas sobre el inmenso mar.

Que no se pierdan, Señor, pues han obedecido a tus mandatos. En tus manos quedan y no les imputes a mal su pequeñez o su ignorancia, puesto que ni los sabios te conocen, ni los santos te merecen.

Ya oigo, Señor, las consoladoras palabras que tu fiel siervo Kempis ha puesto en mis labios:

«Yo soy el que te llamé, yo el que mandé que hiciera así. Yo supliré lo que te falta, ven y recíbeme....»

Y su madre y yo nos acercamos también al comulgatorio, y después los demás fieles, uno a uno, durante un largo rato, porque es el día de la Virgen y son muchos los que quieren honrarla así.

Cuando levanto los ojos veo que los últimos en comulgar han sido la mendiga de la puerta, que conduce a su hijo ciego y lo hace arrodillarse ante el comulgatorio, y a su lado el Duque de Amalfi, embajador de España.

El mundo está enfermo de soberbia, que en las clases altas engendra el egoísmo y en las bajas produce la envidia. Desprecio arriba, odio abajo.

No son los economistas los que resolverán la cuestión social, y menos los anarquistas, que tiran bombas y matan a inocentes y tienen el corazón enfermo de desesperación y de odio.

¡Pobres gentes que no han visto nunca la primera comunión de un niño!

La enfermedad del mundo no la curan los economistas, sino los santos.

Un duque y un pordiosero que se arrodillan juntos en el comulgatorio de una iglesia son, sin imaginárselo, dos obreros de la Providencia, que hacen más por la salud del mundo que un congreso de políticos.

Concluye la misa. El padre Arnau toma el misal, lo abre en el Evangelio del día y se aproxima a nosotros. Los dos primeros comulgantes van a decir la fórmula de la abjuración del demonio.

Jorge se adelanta, y con toda resolución asienta la mano sobre el gran libro abierto, pestañea un instante y con voz muy clara y sin ninguna vacilación pronuncia la fórmula que ya sabe de memoria: «¡Renuncio a Satanás, a sus pompas y a sus obras y me entrego a Jesucristo para siempre!»

Le toca el turno a Hugo: pone su manita regordeta sobre el Evangelio y con un despejo increíble, sin la más mínima vacilación y voz entera, exclama: «¡Renuncio!..» Como él pronuncia «Yinuncio....» muchas sonrisas acogen su infantil juramento.

El padre Arnau agrega algunas palabras, recibiendo, en nombre de Dios, la santa promesa, y termina la ceremonia y llega para nosotros el inefable beso de nuestros dos hijitos, en cuyas almas sencillas ha entrado la verdad sin ruido de palabras, sin confusión de parecer, sin fausto de honra, sin combates de argumentos.

«Yo soy—dice el Señor en la Imitación—el que en un instante levanta el humilde entendimiento para que entienda más razones de la verdad eterna que si hubiera estudiado quince años».

Bienaventurada simpleza que deja las cuestiones difíciles y va por el camino llano y firme de los mandamientos de Dios. Si no entiendes ni alcanzas las cosas que están debajo de ti, ¿cómo entenderás lo que está sobre ti?

Besamos a nuestros dos chiquitines, por cuyo lado, en la calle, no pasa nadie que al ver sus moños blancos no les dirija una sonrisa o no les haga un cariño, y volvemos a casa orgullosos de ellos que vuelven lindos como dos príncipes de la leyenda y puros como los ángeles.

Buenos Aires, 1927.

HUGO WAST

## En la muerte de doña Paulina Mallarino de Gómez Restrepo

### I

En un sopor de sueño matutino  
respiraba la enferma lentamente;  
en el lecho, su mano transparente  
parecía bordada sobre el lino.  
De pronto vimos que su rostro fino  
se iluminaba extraterrenamente,  
cual si hubiera tenido de repente  
la mística visión de lo divino.  
Tan vívida, tan dulce parecía,  
que únicamente al aclarar el día  
pudimos advertir que estaba inerte.  
Porque era su romántica figura  
de aquellas cuya pálida finura  
la puede sólo acrecentar la muerte.